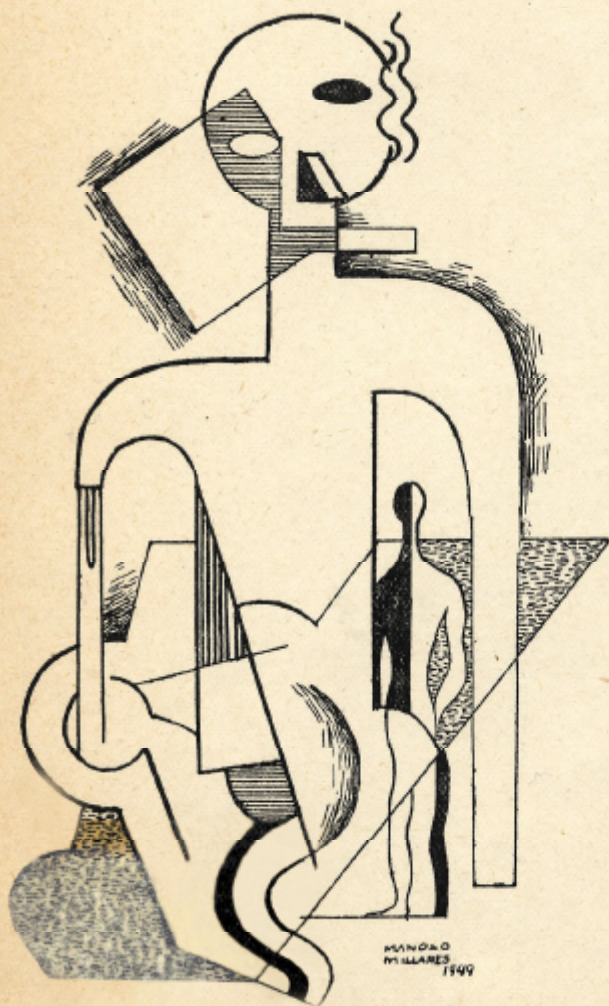


SMOKING - ROOM

CUENTOS DE LOS INGLESES DE LA COLONIA EN CANARIAS

ALONSO QUESADA

MANUEL MILLARES SALL



Alonso Quesada es prosista cabal en sus cuentos, construyéndolos y contándolos. Sus muros son firmes, y no dejan transparentar la obra técnica del vecino, más enfadosa si el vecino es poeta y el poeta es él mismo.

...los libros que nos dejó son cabales; todo él en ellos: rebeldías, infantilidades y torceduras; casa y soledad; acometida de crispado ademán y encogimiento de hombros, con los puños en los bolsillos, sonriendo a los luceros y a las piedras...

GABRIEL MIRÓ

Sus finas observaciones sobre los ingleses de la colonia, recogidas mientras garrapatea números del numerario ajeno, son de una tan tenue ligereza, de una tan cándida malicia, que acaso se escapen a nuestros habituales lectores que apenas gustan sino el dejo de fuertes especias y condimentos.

Oidle a este profeso caballero de la Noche, que confiesa su pobreza y la amargura de ver en los domingos los libros ingleses. Pero no los libros de poesía.

UNAMUNO

SMOKING - ROOM

EJEMPLAR N.º **40**

CUENTOS
DE
ALONSO QUESADA
DIBUJOS
DE
MANUEL MILLARES



A CARMEN DE BURGOS

(COLOMBINE)

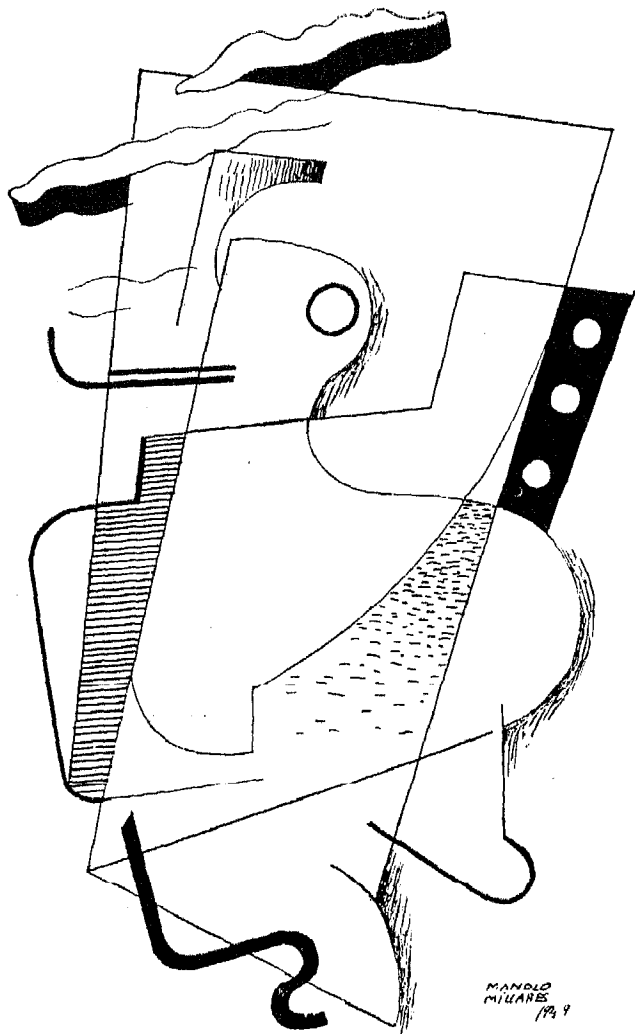
Por nuestra antigua amistad de camaradas, Carmen,—en la que usted fué siempre para mí hermana mayor—, quiero poner, en la primera página de este libro de dulce buen humor, su nombre ilustre y querido.

Ocho años de diálogo lejano y fraternal, de limpia amistad sobre los mares atlánticos, sostienen firmemente el recuerdo.

Usted conoce mi árida vida de insulario, la aspereza circunstancial de mis soledades inteligentes... A fuerza de continentales anhelos y de arañar sobre el horizonte mudo, he podido arrancar a las vidas que cruzan por mi playa estas narraciones desconocidas.

Pero como es libro único en mi particular camino literario y le tengo amor, guárdemelo usted del olvido mundano, con la gracia y la dignidad de su nombre, en la puerta.

A. Q.



EN EL HALL

(El autor penetra lentamente en el Hall del Hotel, con un libro. Mira a todos los rincones y lee en una puerta: SMOKING-ROOM. Entra.)

ESTANCIA: El «Fumador» del Hotel Metropole. Hasta 16 ingleses de la colonia. Un domingo español para toros y lentejucas en un lugar andaluz o castellano. El mar atlántico duerme bajo el sol su mediodía largo y ardiente como la arena áurea. Llega el picor del sueño a la estancia.

Té. Un té perfilado: las cuatro. El «Fumador» tiene un imperceptible arrullo de siesta. *El Autor del Libro*, con el mamotreto sobre sus rodillas. Tiene un aspecto falso de timidez. Mister Packer, Mr. Cohen, Mr. Lester, Mr. Wilson y doce británicos más, en los divanes. Humo de cigarrillos que hace de ensueño suplementario. Se pierde por el ventanal del jardín como las ideas humildes.

Té. «Cake». Alguna palabra entre las pausas del «sandwich». *Sueña la sirena de un paquebote. Mister Packer se interesa. El autor del libro acaricia el lomo del mamotreto como el poeta de «Juan Gabriel Borchman» y los ingleses lo invitan en silencio a leer.*

Falta Mister Duncan. No llega. Debe empezar la lectura.

DIALOGO

MR. COHEN Ya no viene. (Mira a la puerta y apura el té). Es mejor que empiece usted, Mr. Quesada.

MR. PACKER ¿Va usted a leerlo en español?
 EL AUTOR Sí. Pero mi español es accesible, Mr. Packer, un
 honesto español de clase media, sin arrequives.

MR. COHEN Muy bien. Pero tome usted té. Observo que be-
 be usted el té como una medicina.

EL AUTOR Como una medicina, no. Como un pretexto,
 simplemente. (El autor bebe de una taza). Se
 titula SMOKING-ROOM.

MR. WILSON Ah, ¿y por qué Smoking-Room?
 EL AUTOR Son cuentos para un salón de fumar.

MR. WILSON Bien. ¿Y va usted a ganar dinero con ese libro?
 EL AUTOR Probablemente 20 duros escasos.

MR. WILSON ¿Y cuánto tiempo ha tardado usted haciéndolo?
 EL AUTOR Poco a poco se ha hecho en dos años.

MR. WILSON ¡Oh, caramba! ¿Y dos años para ganar 20 du-
 ros? Poca cosa.

EL AUTOR Ciertamente. Veinte duros mensuales podrá us-
 ted pagarme en su oficina, Mr. Wilson.

MR. WILSON Correcto.

EL AUTOR No importa ganar poco. Yo estoy acostumbrado.

MR. COHEN Es una costumbre muy española. La más barata
 de las costumbres.

EL AUTOR ¡Psch! Voy a leerles a ustedes este libro porque
 Mr. Packer, el querido Mr. Packer, se ha empe-
 ñado.

MR. PACKER ¡Oh, sí! A mí me hace mucha gracia. Mister
 Quesada ganaría en Inglaterra con este libro
 500 libras... Ahora, que es más difícil ganar en
 Inglaterra las 500 libras.

EL AUTOR No lo crea usted, Mr. Packer. Tan difícil como
 ganar los 20 duros en España.

MR. WILSON Correcto.

EL AUTOR Sí, Mr. Wilson. Yo ganaría 500 libras en Ingla-
 terra pero es seguro que usted mismo en España
 no me pagaba los veinte duros.

MR. COHEN Es que en Inglaterra hay más frío.

MR. PACKER Y en España, el sol sustituye muchos artículos
 de primera necesidad.

- MR. WILSON Y como en Inglaterra cuestan más baratos los libros, se gana más.
- EL AUTOR ¿Cómo, Mr. Wilson?
- MR. WILSON En España sólo gana usted veinte duros porque vende 20 libros. En Inglaterra se venden todos. En Inglaterra se venden hasta los prospectos del *Overseas Club*. Yo mismo que no hago libros, puedo hacer uno y venderlo. La solución son las Ligas. Inglaterra está llena de Ligas. Y todos los de la Liga correspondiente compran el suyo. Hay en Inglaterra Ligas contra el sombrero, contra la suela de cuero... Y como hay también la Liga de los que compran el libro sin mirarlo, tiene usted la seguridad de que lo vende. Yo puedo hacer un libro con las hojas en blanco y lo vendo. Comprenderá usted, desde luego, que lo vendo como cuaderno para anotaciones... Ahora, hay que calcular. En España no se calcula más que en la lotería.
- EL AUTOR Yo soy, precisamente, un pobre hombre, Mr. Wilson. Yo trabajo de un modo modesto y oscuro para ganar ese pan sentimental y manoseado de que hablan tanto las oraciones cristianas. Después me entretengo en esta especie de golf intelectual que si no me desarrolla mucho el caletre me distrae un ratito.
- MR. WILSON Correcto. Desde luego habíamos sospechado que no había pretendido usted escribir «La feria de las vanidades». Dice, sin embargo, Mr. Packer que es usted un humorista inglés.
- EL AUTOR Cierito, Mr. Wilson. Lo soy. Es muy fácil serlo. Además me gusta. El tono inglés es bueno y en España más. Vea usted. Las señoritas españolas han aprendido de ustedes toda la gracia de los deportes. Yo que soy un hombre magro, «rather thin», Mr Wilson, no puedo exponerme a las terribles consecuencias musculares, y me apliqué al

humorismo. Es más cómodo y hace bien. Lo aprendí antes que el idioma. Y vi que era más fácil el humorismo que la lengua. El llamarse uno humorista inglés no tiene importancia. El humorismo para mí está en ese «yes» tan gentil con que ustedes otorgan todas las cosas dulces. Sobre que si en el libro hay humorismo más bien es vuestro que mío. Por otro lado, yo aprendí a ser flemático y humorista en un pequeño folleto titulado «La flema en cinco lecciones».

MR. WILSON
MR. PACKER

Correcto.

Nuestro querido amigo Mr. John, le enseñó a usted primeramente, antes de ese folleto, a ser humorista. ¿No es verdad, Mr. Quesada?

EL AUTOR

Justo. Mr. John, fué. ¡Cuan amigo! Su monóculo era de un cristal extraordinario. El decía que todo el «humour» está en el monóculo. Yo lo recuerdo gratamente. Y digamos en honor de las cosas levemente agradables que no hace mal nunca un señor de monóculo. En el rincón de un gran comedor inglés es preciso que haya siempre un señor de monóculo. El monóculo puede ser como un suave perfume, como una etiqueta de limpieza social; luego se supone uno que las caras de monóculo han de estar rasuradas y limpias reflejándose en el espejo de una pechera inútil. Una ventaja. Sobre todo en España donde yo he visto señores sin afeitarse... Mr. John era tan limpio como su monóculo.

MR. PACKER

Los zapatos de charol de un señor que tiene monóculo he observado que crujen siempre con un imperceptible rumor de media de seda. ¿No? Claro, Mr. Quesada. Todo el humor está en el monóculo, como dijo Mr. John. Por lo menos el humor del salón sostiene al señor del monóculo, erguido, firme: y visto de espaldas el señor se le nota el cordón del monóculo, como si fuera el hilo con

que está sostenido a esa sociedad tan divertida. Mr. John era un hombre muy inteligente.

EL AUTOR

Yo le quería mucho, y él, a pesar de su hielo, me quería también un poco. Una vez fué a un viaje largo. A la Palestina. Volvió después de seis años. De todos los lugares sagrados me envió unas tarjetas ridículas. Casi todas eran vistas del Támesis. Y ponía en una: «Este es el mar Rojo. Por aquí pasaron aquellos cándidos israelitas al mando de Moisés». «Ese puente que usted ve en un extremo es un capricho del grabador de la tarjeta». Volvió aburrido, pero me trajo un regalo. Me lo anunció antes solemnemente: «Le traigo a usted un regalo que no sospecha». ¡Era un vaso plegable! Realmente no lo sospechaba. Me quedé un poco asombrado con el vaso, pero Mr. John me dijo muy serio: «Pude traerle a usted otro recuerdo más rico; ya sabe usted que no soy tacaño, pero este vaso es un regalo útil. Para mí guarda un recuerdo sorprendente. Recorriamos los lugares sagrados. Llegamos muertos de sed y de fatiga a un sitio donde corría agua fresca. Mis compañeros hubieron de beber en las conchas improvisadas de sus manos, pero yo saqué mi vaso, que fué como un cáliz divino en aquel instante, y bebí ansiosamente hasta diez. Algún día, cuando vaya a Palestina, verá como tengo razón».

MR. WILSON

Gracioso, correcto. ¿Guarda usted el vaso?

EL AUTOR

Sí, lo guardo. Y ya lo utilicé un día, Mr. Wilson.

MR. COHEN

¿Comprobó usted las delicias del vaso? ¿Ha estado usted en la Palestina?

EL AUTOR

Nunca.

MR. WILSON

¿Entonces...?

EL AUTOR

Es que en ese vaso plegable es donde he bebido yo todo el humorismo inglés.

CUADRO

ESTANCIA: La misma. Las cinco. Oro de whisky en las mesas del té. *El Autor del libro*, sostiene unas cuartillas en la mano. Mr. Duncan no ha venido. Silencio. Silencio británico: Silencio de pupitre, suavidad silenciosa de felpudo. Los ingleses no escuchan. Sólo Mr. Packer sonríe con una grata sonrisa de Pastor. Mr. Wilson fuma en su pipa y hace como que envuelve las ideas en el humo. El tiempo se desliza, como una moneda de oro en un tapete verde. Todo se hace tiempo. El tiempo es moneda. ¿Habrá tiempo, pues, para acabar temprano?

El Autor lee deprisa para ganar el tiempo... Una pausa antes de empezar. Luego, asegura la voz con una mirada sobre el auditorio gris, y empieza en un tono engolado, hispánico, la lectura.

LAS DOS MUJERES DE MR. TALBOT

La primera mujer de Mr. Talbot había muerto tísica. Era una inglesita de porcelana, dulcísima y tranquila, que marchitó su vida junto a la aridez de Mr. Talbot que era un viento seco de egoísmo y de mercantilidad, un trovador de la Teneduría. Para él, recibir una larga carta de Nueva York, una de esas enormes cartas americanas de sobre azul y apaisado—carta de papel irrompible, las que hay que abrir siempre a puñetazos—era como recibir una idea luminosa o la intensa sensación de un perfume. Cuando Edith, su primera mujer, murió, Talbot esperaba ansioso de California, uno de estos pliegos urgentes. Por eso, al levantarse aquel día y observar que su mujer estaba más demacrada que nunca, se enfadó. Miraba a la pobre inglesa con cierto rencor comprimido y vió que ya no tenía sino unos ojos profundos que se perdían en las cuencas sombrías como si rodaran, para desaparecer al fin, en un abismo negro sin fondo. Vió que ya no podía hablar, que la voz no se oía, que era una voz tan sutil y silenciosa como la voz del pensamiento. Y sospechó, se convenció enseguida, de que la muerte rondaba, como una abeja, alrededor de la muchachita rubia. Y hasta sintió el rumor de las alas y el rebotar del insecto en las paredes desnudas. Si se muere ahora mismo—pensó—vá a ser un conflicto.

Y mistress Talbot, claro, se murió sin más consideraciones. Los ojos acabaron de perderse y la boca se entreabrió para que saliera el ténue adiós de la partida. Se murió, como se mueren todas las delgadas inglesitas de las colonias: indiferentemente, enco-

giéndose de hombros y dejando entrar por el pecho la muerte para que desde dentro pudiera arrojar los últimos chorros rojos de la vida dañina.

Mister Talbot la vió morir y después de muerta la contempló largamente, sin piedad y sin dolor. Era una triste silueta. Parecía un armazón de mimbre, bajo las sábanas. No tenía ojos, no tenía boca. La cara era una mancha lívida que se confundía con los claros cabellos de lino. Las manos pequeñitas no se veían tampoco, mezcladas en los amplios encajes de la colcha.

Mister Talbot quedóse indeciso. ¿Qué hacer? Estaba solo. No tenía criados. El portero de la oficina les traía del hotel las comidas. Una mujer les arreglaba la casa y esta mujer no llegaría sino dos o tres horas después. Y él necesitaba estar en la oficina temprano. Lió un cigarrillo. Lo encendió. Y siguió razonando.

Era natural que su mujer se muriera. No tenía hijos, no tenía salud. Una mujer sin salud y sin hijos no era negocio. Además, todo el mundo se muere. Si él hubiera sido el muerto la cosa tuviera otro color distinto. ¿Quién hubiese abierto las cartas de Nueva York? Y acordándose enseguida de la que esperaba, y sin mayores reflexiones, con una agilidad deportiva, arrojó el cigarro y se dispuso a vestir a la muerta.

Sacó trajes del armario. Un traje blanco, un traje rosa, un traje verde. Todos vaporosos, alegres; trajes de inglesas lindas, trajes económicos para las colonias, hechos para las heridas del sol y las aguas malas de los lavaderos españoles que las rompe pronto. Talbot no sabía que traje poner a su muerta. El verde era demasiado cruel, el blanco igualaba demasiado con el rostro.

La vistió al fin con el traje rosa. Y aguardó un rato, contemplándola. ¡Si no hubiera estado enferma...!

Quiso—por un breve instante conmovido—darle un beso de despedida, pero se detuvo. La muchacha tenía una sombra sangrienta en los labios. No era posible, pues. Además, realmente, ella no estaba allí. Aquello sólo era un ridículo simulacro de la querida gentileza. Mejor era marcharse. Y cogió el sombrero, cerró la puerta bruscamente, guardándose la llave y corrió afanoso a su oficina.

—¿Y mistress Talbot?—le preguntó solícito el portero, al entrar.

—Mistress Talbot se ha muerto ahora mismo. Y se metió en el «Private Office» devorando con una avidez morbosa todos los sobres ocres, azules, que venían de la América lejana perfumados de humo y llenos de eco fabril.

A las dos horas salió y fué a disponer el entierro.

Al siguiente día no había ya en su alma huella alguna de la muerte. Con la misma tenacidad de siempre volvió a devorar cartas y a lanzar cartas al mundo.

Pasaron algunos años. Talbot se levantaba a las siete y salía de su oficina a las ocho de la noche. Pero tomaba el *lunch*, el té y bailaban en todos los bailes de turistas. En esos bailes severos que parecen de oficina, que tienen la pesadez y la monótona insulceza de una oficina.

Jamás hablaba sino las palabras precisas de sus cartas. Parecía no ver a nadie, absorto en la llegada de una carta única, de una carta mejor que las otras, la carta ideal que sería el verdadero triunfo de su vida mercantil.

Llegaba el verano y Talbot hacía un viaje a Inglaterra. Volvía más rojo, más seco y con un traje nuevo, pero igual al del año anterior. Un traje gris, agrisado por la ceniza de Londres y por la universal indiferencia inglesa. Un traje de espíritu impávido, gris como el alma de aquel hombre hermético.

Un año volvió con el traje y con una mujer nueva.

Pero esta mujer no era rubia ni triste, ni cristalina. Era una mujer espléndidamente morena, una inglesa injertada, de ojos vivos, que el sol atlántico incendiaba más. Tenía unos senos brincadores, unos senos que hablaban en voz alta, como para matar el recuerdo de aquellos otros senos chiquititos, silenciosos que se replegaron tímidos en el pecho hundido. Talbot había adquirido ahora una mujer más duradera. Había sido un negocio más firme. La segunda mistress Talbot era una mujer que bien valía cualquiera de los nutridos sobres que Talbot recibía de California con tanta dicha.

Y si antes no había fijado un hogar, ahora alquiló un chalet confortable, porque la nueva mistress Talbot era aficionada a las

alegrías caseras. Daba té, hacía música, jugaba al tennis con sus amigos y cantaba. Traía un ardor español en la sangre, y la carne morena se había curtido bajo el sol de Calcuta. Pero Talbot continuaba sin conmoverse. La mujer salía sola y regresaba muy tarde, la mujer fumaba cigarrillos turcos, la mujer se divertía con todos los pequeños *gentlemans* de la colonia. Y Talbot mudo siempre. Jamás la mortificó con impertinencias latinas. La dama hacía su gusto, que era muchas veces bastante exótico.

¿La amaba Talbot? ¿La amaba más que a Edith? Parecía que no la besaba nunca. No se le notaba que la besaba. Tenía los labios fijos, sin huella de vibración, como si no se hubieran despertado jamás por un beso. Mr. Talbot abriría sin duda el corpiño de su mujer como abría los sobres yankees. Se acostaba con ella oficialmente y si allá en el recóndito rincón de su alma la guardaba amor, la estridente inglesita no era, no podía ser sino una de las tres horas fijas de Talbot: la hora del té, la hora del lunch, la hora del amor...

Corría el tiempo. Talbot abriendo sobres y su mujer abriendo almas. Y una tarde, cuando el árido inglés regresaba de su oficina, hallóse en el hall de su casa a su mujer, charlando vivamente con un hombrecito moreno de mirada española. Hizo un imperceptible gesto de «manager» contrariado y aguantó impávido la presentación.

—El señor Prada, mi marido...

El señor Prada había estado en Londres, de mercader elegante. Era hombre rico, muy distinguido. Había oído cantar a la Melba y vio dormirse, cantando también, en un concierto benéfico, a Adelina Patti. Mistress Talbot, soltera aún, estuvo esa misma noche en el teatro. Y mientras la diva famosa se dormía antes de acabar su canto, los ingleses la ovacionaban. ¡Qué recuerdos...! El Sr. Prada conocía la «Royal Galery», había estado en el «Serpentine» de Hyde Park. Era un perfecto londinense. Y Talbot, mientras su mujer le contaba entusiasmada estas cosas del señor Prada, tenía puesta su imaginación en una importante avería. Al puerto acababan de llegar unos camiones americanos, todos averiados. Y Talbot necesitaba inspeccionar. Por otro lado aquel señor Prada le había contrariado un poco. ¡Acaso la primera sensación de su vida!

Y en cuanto tomó el té con el señor Prada, pidió permiso para retirarse.

—Voy al Puerto, si usted me lo permite.

Y rápidamente, como iluminado por una idea definitiva, añadió:

—Venga usted conmigo, querido señor. Verá que camiones tan interesantes.

—Mr. Prada estará mejor aquí—contestó la señora, vehementemente— ¡Qué ocurrencia, Fred! Llevar a Mr. Prada a ver un camión, como si se tratara de la Gioconda.

—Digo yo,—insistió Talbot, mirando fijamente por primera vez a su esposa—que un camión es muy interesante. He oído decir que el autor de la Gioconda era muy amante de la mecánica y, seguramente, le habrían interesado más los camiones que sus propios cuadros.

Pero mistress Talbot, volviéndose al señor Prada, insinuó dulcemente:

—Mr. Prada no querrá.

— ¡Si querrá Mr. Prada!..

Y como el tono de la voz era violento, desusado en Talbot, la señora dejó marchar al señor Prada, que con mayor gusto se hubiera quedado con la dama.

Y Prada y Talbot se marcharon al puerto aquel día. Cuando regresó Talbot, solo, le dijo a su mujer:

—No me gusta nada ese Sr. Prada.

Y fué tan seca la frase, tenía tal durez la mirada del marido que mistress Talbot desconcertada, acobardada, no osó chistar.

No comprendía mistress Talbot aquella inesperada actitud de su marido. ¿A qué aquella impertinencia impropia de un inglés civilizado?.. Eran unos ojos nuevos, duros, decisivos; era una nueva voz de sonido extraño. ¿Por ventura, la amaría aquel hombre?..

La señora Talbot sentíase distinta, como ante una espantosa revelación. ¿Era la luz atlántica, el sol, el mar, todas esas cosas vibrantes las que, actuando cotidianamente sobre el alma de aquel hombre de acero, lo habían cambiado? ¿Era un marido inglés? ¡No podía serlo! Y al mismo tiempo que mistress Talbot descubría este mundo insospechado en su marido, sentíase ella también de

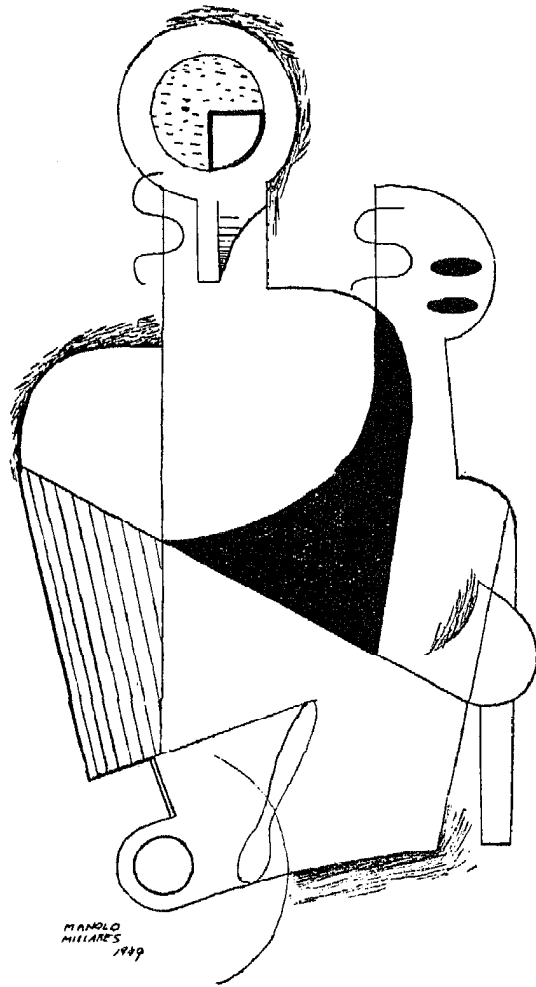
un modo nuevo, con un ardor distinto. La espalda se le erizaba cálidamente, los senos querían romper las suaves prisiones del corpiño. Cruzaba las manos nostálgica, entreabría los labios con una sonrisa dolorosa y alegre. Ella, en realidad, fué siempre así, pero ahora, todas sus ansias se extendían lánguidamente, tardaban más tiempo en acabarse y cuando se acababan, dejaban el alma y la boca con un amargo gusto más deseoso.

Otro día, después de aquel señalado, estaba sola, paseándose nerviosa en el hall. ¡No podía ser! Su marido, aquel hombre terriblemente frío había vuelto al mutismo: el apasionado gesto no se repitió. ¿Tuvo celos, entonces? Y mistress Talbot, rabiosa, desesperada, sintió como en su espíritu florecía un silencioso rencor por su marido. Era un hombre indigno. No había vuelto a ver a aquel agradable señor Prada por culpa de una incomprensible actitud de marido español o italiano. ¿Qué pretendía hacer con ella aquel hombre? Y recordó, espantada, lo que le contaron antes de su boda. ¿No había encerrado a su primera mujer muerta, y se había marchado a la oficina fríamente, sin dolor, sin pena? ¿Y ahora, cómo esa violencia, esa ridícula pretensión de prohibirle sus amigos particulares?..

Mistress Talbot cruzaba por el hall agitada. Tenía irresistibles deseos de vengarse. Si. Se vengaría. Era necesario recobrar la libertad. ¿Qué podía hacerle Talbot? Matarla, no, porque en el fondo, todos estos egoístas son cobardes. ¿Divorciarse de ella? Mejor. ¡Ah, qué alegría! El divorcio. Eso.

Sonó un timbre, el timbre de la calle. No lo oyó. Y siguió paseándose, concibiendo la venganza. Volvió a sonar el timbre y a poco vió aparecer a la doncella seguida de Mr. Palmer, un inglés bello como un griego antiguo que leía el Kempis y recitaba versos de Tennyson. Mistress Talbot dió un grito de alegría. La venganza se presentaba mejor de lo que esperaba. Palmer era el hombre. Tendió su mano al inglés y luego de un momento de vacilación, en el que acechó el más mínimo gesto de su amigo, se le arrojó en los brazos llorándole apasionadamente.

El lector del Kempis recibió a la fragante compañera con una sorpresa tan calurosa que más parecía corazón pagano que humilde imitador de Cristo.



Mistress Talbot lo sentó a su lado. Empezaba a vengarse.

- ¡Ah, Mr. Palmer! Estoy loca. Lo sé. Esto es una locura. Usted no lo comprenderá. Pero yo me vuelvo loca aquí dentro. Este país es muy triste. Mi marido, además, no me ama. ¡Oh, y usted no sabe lo que en un país de estos significa no amar! ¡Oh, Mr. Palmer, que pensará usted de mí..?

Y se juntaba al inglés más apasionada, besándole la boca griega. Y Palmer la recibía más sorprendido pero besándola también.

- Gracias, Mr. Palmer. Yo le amo a usted. Es decir, no sé si le amo, pero no amo a mi marido. A mí, tampoco me ama nadie. ¿Usted me amará, Mr. Palmer? Mi marido jamás se ocupó de mí, pero un día sin razón justificadora se siente celoso y me prohíbe una amistad. ¿Ha visto usted que inglés más extraordinario? ¿Cree usted que un inglés tiene derecho a prohibir a su esposa un amigo? ¿Comprende usted que se pueda ser celoso sin amar? ¡Bésemelo usted, Mr. Palmer, bésemelo usted! ¡Ah, cuánto diera porque Talbot me viese ahora mismo! Así recobraría mi libertad. Una vez fui débil, pero no lo volveré a ser nunca.

Y la ardorosa inglesa se abrazaba al imitador del Kempis con un oriental frenesí de favorita. Lo besaba en los ojos, en los labios místicos, en la nuca santa.

Había un sol llameante en el jardín, el sol hería los cristales del patio, el mar vibraba cerca. Un rumor infinito agitaba el lomo azul del Atlántico que se tendía en la playa con languidez fatigosa. Mistress Talbot, perseguida por la luz africana, por el rumor marino, crugía de amor sobre las rodillas del señor Palmer que ya no imitaba a nadie sino a su propio instinto, sorprendido y cercado por unos cálidos brazos y una boca furiosa y hambrienta. ¡La venganza estaba consumada ya!

Pero mistress Talbot miró de pronto hacia el jardín y dió un grito, separándose de su amigo. Detrás de los cristales, contemplándola sonriendo, estaba Mr. Talbot.

- ¡Huya usted, Mr. Palmer! Es mi marido. Por esa puerta... Salga usted por el camino de las lomas... ¡Oh, qué sorpresa!..

Palmer, sin saber que hacer, salió por la primera ventana que vió abierta, en el mismo momento que Talbot abría la puerta del hall.

Mistress Talbot, temblorosa, espantada, con un espanto que no esperaba tener cuando concibió su venganza, replegóse en un rincón esperando el instante de la tragedia. ¿La mataría? Volvió a verle los ojos con que miró al señor Prada y sintió otra vez aquella voz terrible y distinta, sonar en el hall. Se había extremado. ¡La catástrofe iba a ser enorme!

Pero Talbot se sentó tranquilamente en un sillón y se puso a hojear un periódico.

¡Dios mío! —pensó la ardiente muchachita— Ahora me mata. Esta frialdad cruel, es una señal de muerte segura.

Talbot volvió los ojos hacia ella. Ella, estremeciéndose, se retorció como una serpiente herida. Talbot la llamó. ¡Ah, sólo le quedaban de vida unos minutos!..

—¡Oh, mistress Talbot!.. ¿Estábais ahí? ¿Qué tenéis?.. Acercaos.

Pero ella no se acercó. Estaba arrepentida. ¡Oh, si pudiera deshacer lo hecho! Talbot la volvió a llamar: esta vez con la voz más dura. Se acercó lentamente. Y cuando se halló frente a él una sombra de sangre le cubrió los ojos y un frío espantoso le erizó la espalda. Talbot, sonriéndose, exclamó:

—No importa. ¿Qué tenéis? ¡Si os he visto! Y lo comprendo. Un temperamento como el vuestro. A mí no me importa nada. Acérquese... No le haré nada... No vaya a dar lugar a un escándalo... Se pueden enterar los criados... Venga. ¡Si no me importa! Es un inglés reservado... ¡Españoles no! Los españoles todo lo dicen en seguida...

¡No la mataba, Mr. Talbot! Pero se sintió muerta, con los ojos en el fondo de su alma, se sintió muerta, vestida de rosa y que aquel hombre la dejaba en un cuarto desolado, cerrando la puerta con un estrépito brutal...

LA SILUETA DE DUNCAN

Mister Duncan es interesante porque se emborracha y porque es profesor de francés. He aquí una frase de Mister Duncan: — «Yo, todas las noches, cuando me voy a acostar meto la cabeza en la palangana. Y la cabeza hace ¡puff! como los fósforos encendidos que se sumergen en el agua».

Mister Duncan llegó a la ciudad de incógnito, como el Rey de un estado minúsculo. Fué el único inglés que no se le vió llegar. Parecía, como si hubiera venido escondido en la bodega dentro de un cajón que no abrieron sino en el hotel. Llegó embriagado. La borrachera actual es la misma de antaño. Una borrachera crónica que ayuda a mantenerse en pie, con tiesura urbana de *policeman*. Es probable que si Mister Duncan no estuviera siempre borracho se derrumbaría como un muro antiguo.

La figura de Mister Duncan es tan popular como la estatua de un pobre hombre. No huele a vino jamás, Mister Duncan. Su borrachera es intrínseca. Digna, civil y liberal.

—¿Cómo se puede saber que está borracho? Porque él lo dice. Oid: — «Estoy borracho».

—¿Cómo está usted borracho, si no se le conoce a usted que lo está?

—No se me conoce, porque soy inglés. La borrachera de un súbdito inglés es respetuosa, silenciosa y con cierto matiz irónico. Nadie piensa que yo estoy borracho, porque lo estoy siempre. Y si me sonrío solo, es porque sé que la gente está engañada.

Mister Duncan pasea su borrachera como el Pabellón Royal.

Es una borrachera que parece ondear, rítmica y severa, sobre la cabeza de su propietario, asta humana. Una borrachera independiente de todas las demás borracheras del mundo. Emancipada, casi.

Mister Duncan sólo bebe y siembra vocablos galos como un labrador filológico. No concibió jamás la guerra europea. No se estremeció. No fué a luchar tampoco. Decía: «Por uno sólo que deje de ir no se va a perder la guerra, ni se va a ganar porque yo vaya». La borrachera se detiene, magnánima en él. Sin embargo...

—¿Ve usted como los alemanes destrozan los pueblos franceses, Mr. Duncan?

—No importa. Así tendrán más cosas que pagar.

Y cuando la paz llegó, Mister Duncan para brindarse la gloria tomóse un vaso de agua mineral. Ese día tambaléase sobre las aceras. ¡*All right!*

Después, adoptó repentinamente un aire pensativo, misterioso, de hombre que tiene una rueda sin llantas de goma dentro de la testa.

No habló sino la precisa gramática de su Ollendorff recalcado. El pensamiento estaba, como en una Sión maravillosa, confundido. Había en él un pensamiento preocupado del camino del otro pensamiento que sostenía el soliloquio de una emoción recóndita. Miraba distraído el «man». La borrachera, resentida de su abandono, llegó a arrastrarle detrás, como una paja desdoblada.

«Le pere». «La mere». ¿Tiene usted el cuchillo de «mon cousin»? No; pero tengo el corsé de la «petitè Henriette». Mister Duncan se trastornaba. Los discípulos olvidaban la lengua gala y el Ollendorff, era un *Ahu*, desorbitado e inútil. —¿Cómo se dice regalo, en francés? —¡Se dice «couteau»! —El corazón y el seso de Mister Duncan eran dos arcos herméticos.

Cuando la colonia celebró el triunfo de la Paz con un banquete y los hurras volaron como los humos de las pipas y el whisky cantó un «God save the King» sin oído, Mr. Duncan calló más.

—¡Esto prueba que Inglaterra es el país más fuerte del mundo! —¡Hurra!

Los ojos de Mr. Duncan pasaron entre los hurras serenamen-

te y la mirada serenísimas era como un cielo bajo en el que se des- hacían las lágrimas de los cohetes y se perdía el humo del entu- siasmo oficial.

—¡Volverán los barcos y nosotros seguiremos siendo los hom- bres del mar!

Pero Mr. Duncan afirmaba más su silencio y su desdén. —¿No era patriota? ¿O la borrachera había decidido de su chola y se iba haciendo caos el pensamiento y abismo negro la memoria magní- fica? —No. Mister Duncan poseía un secreto. Un secreto de folle- tín. ¿Dónde estaba este secreto?

¿Una herida? ¿Mister Duncan tenía una herida? ¿Un cáncer? ¿Una preocupación familiar? Su rostro era de tener un hermano con las piernas cercenadas, una granja incendiada en Francia, una mujer en la Cruz Roja del frente. La sonrisa era amarga a ve- ces, a veces alegre, de una alegría imperceptible y rápida. Pero nadie supo la razón entonces. Y la ciudad sumisa, se durmió, tiri- tando de frío, en el portal de este secreto terrible.

Un día lo vieron salir del telégrafo. ¿Qué fué? ¿Acaso el secre- to? Otro día lo vieron entrar. ¿A quién telegrafiaba este hombre solitario, antes tan expansivo, ahora tan sobrio y hermético?

La paz ¡oh, hombres! creció sobre el mundo entero. La paz académica y oficial. Mister Duncan no sonreía. Y llegaron vapo- res al puerto y la isla tornó a sonreír y a sembrar la grosería de sus plátanos, sus tomates y sus exportadores. Las bananas de la ínsula correrían a Inglaterra otra vez. Agentes, cosecheros, estudiantes de inglés... Y en medio de este tráfico que distrajo la curiosidad sen- timental, de rebotica, y que Duncan temía, la boca trilingüe de nuestro empapado amigo dibujó su nueva sonrisa.

Y un día, casi olvidado ya el misterio del secreto, sonrió del todo, a plena boca húmeda. De un modo elocuente, d'anunziano. Sonrisa de primer Ministro. Le vimos y se acercó a nosotros.

—Estoy más borracho que nunca. Pero aquí, en el bolsillo tengo una cosa extraordinaria. Una carta. Se la voy a enseñar a usted. Es una carta de Lloyd George, para mí; sólo para mí. Es contestando a un telegrama mío. ¿Recuerda usted que una vez fuí al telégrafo y la gente se alarmó? ¡Ah, pues fuí a felicitar a Lloyd George!

Mister Duncan saca de su bolsillo un sobre pequeño, con el membrete oficial en un rinconcito, una carta pequeña, carta de hotel o de *miss*. El sobre decía: «E. Duncan, Esq.—Las Palmas, Canary Islands.»

Mister Duncan da vueltas al sobre cerrado entre sus manos. La emoción de sus ojos grises era *todas las viejas borracheras*, condensadas en una única y moderna, llena de imperio.

—¿Y qué le dice a usted Lloyd George?

—¿Qué dice?—Y Mister Duncan nos sonreía *con desdén*.—¡Oh, no sé qué dice! La he recibido ayer y no la he abierto todavía.

Y luego de otra pausa ideológica, en la que dió más vueltas al sobre, añadió guardándose avaro la carta misteriosa:

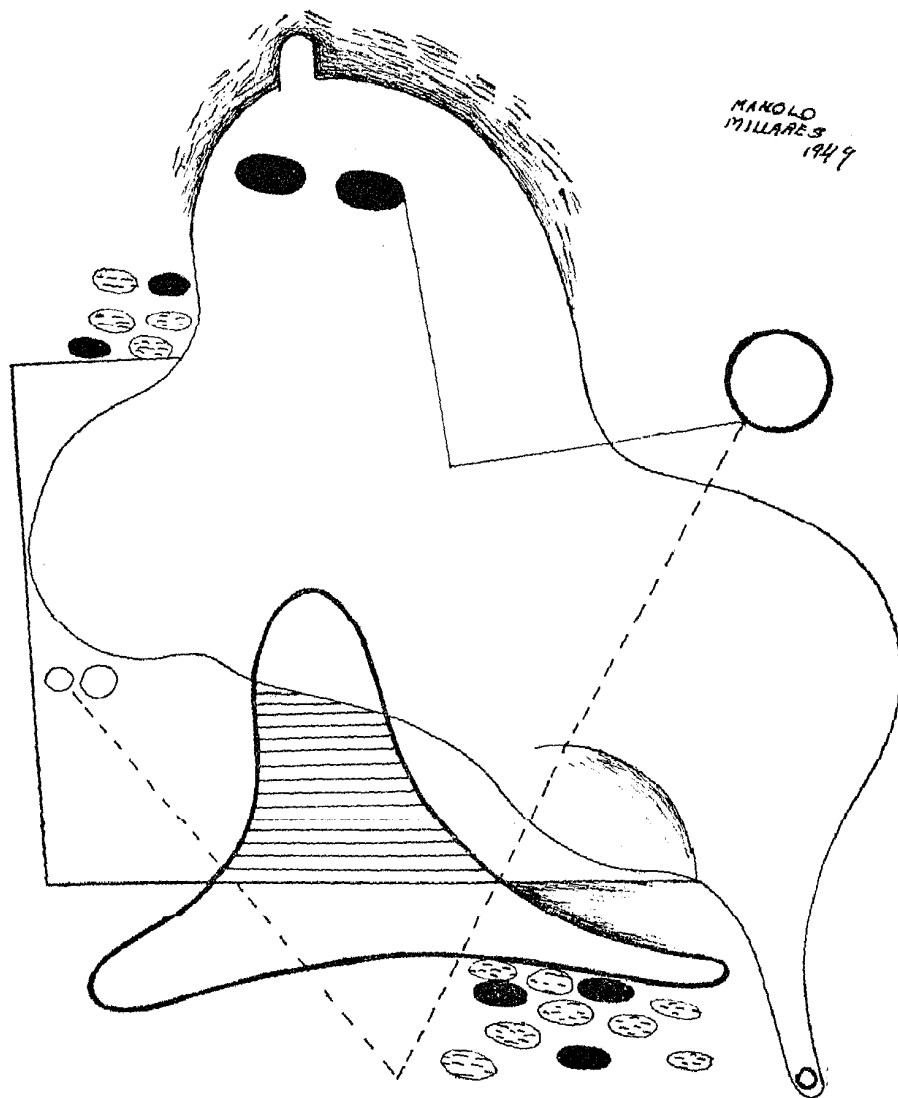
—No sé. No pienso abrirla nunca.

EL AMOR ELÉCTRICO

Nuestra amiga, la señorita Bland, acaba de contraer matrimonio. Si la pasión no ha sido volcánica, lo fué el acto civil, de una rapidez de pensamiento. La señorita Bland pensó en su boda, y en el acto se casó. El papá de la señorita no ha podido enterarse todavía.

Esta inglesita dorada y sonora es la única hija de uno de esos militares ingleses que van a la costa de Africa, con aire y condiciones de comerciante. Un señor viudo, de bigotes largos, sobre la boca, cubriéndosela como una glorieta. El militar nos había dejado a su hija en un hotel, mientras negociaba o militarizaba en Sierra Leona. De cuando en cuando aparecía a ver a su niña. La niña, en tanto, recorría la ciudad alegremente, vestida de blanco, con un bastoncito de *gentleman*. Es linda, canta como una italiana y sabía cobrar su pensión de libras con infantilidad de mujer y cuquería colonial de comerciante. La voz era benéfica, benéfica para los hospitales y las Cruces Rojas. Miss Bland cantó en todas las fiestas aliadas que organizó el «Overseas Club». Ella ha contribuído con seis camas. Una cama de los hospitales del frente fué construída con los *gorjeos* de la señorita Bland. Era una dulcísima voluptuosidad presentirse uno acostado en aquella cama armónica, graciosa y ligera, hecha de la voz de la inglesita, y hasta sentir en las heridas las notas musicales de la miss, como un agua fresca que lavara la sangre coagulada.

Era un número de concierto ambulante. Parecía siempre como que se había escapado de un concierto inglés, que acababa de



dejar el salón donde sus austeros paisanos la aguardaran inútilmente. Era una nota bonita, fácil. Al sentirla cruzar a nuestro lado nos daba la impresión de un agua de verano, agua de jardines. Tenía el claro olor de un baño reciente, un baño de mediodía; parecía tener la gracia limpia de un cuarto de baño nuevo, con un *ventanillo abierto sobre una huerta, y hasta nos hacía presumir una carne de jabón de frutas*. El refugio de su cuerpo era un refugio fresco, húmedo. No había calor a su lado. Olería un ardoroso día de Levante, era ensanchar los pulmones y humedecer las narices, obstruidas de polvo, de sol. Era la brisa de la tarde, la brisa marina, que cruzaba por la ciudad cuando el sol se perdía en las montañas. Sola, sin novio y sus veintiocho años hechos diez y seis, nos alegraba el camino. Salía de una tienda inesperadamente, tropezábamos con ella al volver una esquina. La risa era una risa domesticada a la española, una risa de escenario, risa doctora en teatralería, amiga íntima del bastoncito que golpeaba en *la acera al compás de la risa como un esclavo eterno* de ella.

Cada uno de nosotros habíamos acordado íntimamente que no se casara con nadie. Y poníamos un secreto esfuerzo volitivo en alejarle los novios. Y ella lo notaba, porque todos se iban pronto. Los años pasaban y el tiempo lo perdía. ¡El tiempo! ¡Un tiempo extranjero! Pero no, no era perderlo. El tiempo pasa renovando las almas, sin hacer jornada en quienes la infancia hincó sus prestigios para toda la vida. El tiempo no podía perderlo, porque es él quien nos pierde. El tiempo desfila incólume sin entremezclarse en nosotros, para arrastrarnos a los que por mayor seriedad nos acercamos a su orilla. Y la señorita Bland no se quería acercar, todo lo hacía a la margen del tiempo. Como una niña arrojaba sus años al tiempo, pero ella se quedaba con menos. No, no perdía el tiempo. Todos estábamos de acuerdo para no dejarla marchitar. Y acaso por eso se ha casado brúscamente, para que no tuviéramos tiempo de quitarle su último novio.

Lo conoció ayer y se ha casado hoy. Y el bastoncito, la risa, los trajes alegres, las notas benéficas, los cabellos áureos, todo, se

prepara para ofrecerle pronto al señor Bland la sutil pillería de un nieto lejano. Porque la miss se va con su marido a Melbourne.

Huye tan lejos, para que le dejemos tener su hijo como una mujer de treinta años. Un hijo necesario para quien será toda la risa y toda la alegría que la gentil muchacha derrochó en la ínsula.

La dueña del hotel, que la cuidaba se quedó estupefacta cuando miss Bland la invitó a su boda. Y el cónsul, que es un hombre acartonado y prestigioso, con ese prestigio inevitable de las personas viejas, le ha dicho que está muy bien su decisión porque había que ser ya menos joven, que no convenía abusar tanto de los años juveniles, riéndose, y que Melbourne, aunque está muy lejos, es una población moderna. Y como miss Bland tenía prisa, por su boda, apenas oyó a su Cónsul. Sólo pensaba en Melbourne y en lo que su marido era en Melbourne.

La colonia, que la quería mucho, como nosotros, no ha podido festejar su boda, amarrando al coche nupcial el viejo zapato, ni arrojarla arroz al despedirla. Se ha casado como quien mete de prisa sus ropas en un baúl y con su marido a rastras se fué a un Banco a cambiar cheques por monedas de oro. El marido no ha tenido lugar de verla tranquila. Es posible que no la pueda ver hasta Melbourne.

Pero ella está cantando secretamente su boda. Canta dentro del pecho y la alegría musical de su alma la empuja de prisa por las calles y camina más ligera, más vaporosa.

El marido vé como se le escapa, pero él sabe que al llegar a Melbourne la hallará reposada y sin bastoncito.

¡Qué seas feliz, Oliva..!—Le dijeron los amigos ingleses.

El Cónsul añadió: «—Señorita: ha encontrado usted un buen marido...»

Las inglesas alegres por esta boda genuina, exclamaron: «Ella no sabe que se ha casado todavía...».

Y Mrs. Wood, la dueña del hotel donde Oliva vivió cinco años, sintió una pequeña tristeza al ver el cuarto de la niña vacío y dijo, entre amargada y furiosa:

-¡Qué ligereza de cascos! Conoció a un señor un lunes, se casó un martes y hoy, miércoles, se marcha para Australia...

Y añadió, desconcertada:

-Las costumbres españolas han echado a perder a esta muchacha...

PLANAS DE POESIA
IV

Tirada de 250 ejemplares, numerados.

SE TITULAN LOS DIBUJOS:

Portada: Síntesis del inglés colonial

Retrato de Alouso Quesada

Tres composiciones abstractas

SE IMPRIMO
EN LA IMPRENTA DE PEDRO LEZCANO,
EN LAS PALMAS, AL CUIDADO
DE LOS
HERMANOS MILLARES SALL.

Alonso Quesada

Nació el 4-12-1886

Murió el 4-11-1925

Ha publicado:

El lino de los sueños: 1915

La Umbría: 1922

Los caminos dispersos: 1944

Inéditas:

Llanura. (Teatro inverosímil).

Las Inquietudes del Hall.
(Novela corta).

Planas publicadas:

I

Liverpool (Agotado)

II

De la Ventana a la Calle
(Agotado)

III

Federico Chopín (Agotado)

Ficha de la V plana:
Smoking-Room

